

cesitan unas cuatro horas de estudio para preparar las materias del día siguiente, y que, a veces, dada la lentitud en la lectura, para que el niño se entere de lo que lee, y de la escritura para que ésta sea correcta, si ha de hacer *deberes*, el número de horas fácilmente puede extenderse. Si se tiene en cuenta el número de horas de sueño que un niño necesita a esa edad, normalmente, y las horas de comida, se tendrá que el tiempo de juego, absolutamente imprescindible, no aparece, y que, así, salvo para niños excepcionalmente dotados, el estudio se convierte en una tortura, si se pretende cumplir perfectamente, o bien se origina un total desinterés del alumno como defensa vital necesaria.

La gravedad de la situación persiste en los cursos siguientes, pues un alumno de quinto curso, por ejemplo, podría cursar muy bien el tercero, pero encuentra fuera de su alcance muchas de las cuestiones tratadas en el quinto curso, correspondiente a sus quince años.

Frente a estas dificultades pueden adoptarse, a mi modo de ver, tres posibilidades de solución, a saber:

1.ª Mantener la edad de ingreso adaptando las materias de estudio al nivel mental de un niño de esa edad; pero en este caso los dos primeros cursos serán una simple prolongación de la primera enseñanza. Desde luego, habría que disminuir el número de materias.

2.ª Mantener los cuestionarios actuales, aunque disminuyendo el número de materias, y retrasar el comienzo del Bachillerato a la edad de doce años, incluso reduciendo su duración, si era preciso, a seis cursos. El examen de ingreso, en este caso, podría tener un nivel más alto; y

3.ª Comenzar a los once años, con las variaciones adecuadas a esta edad.

El comienzo dos años más tarde no supone un retraso tan grande como a primera vista parece, desde el punto de vista práctico, pues las materias son mejor estudiadas y entendidas, se llega con mejor preparación a la Universidad, evitando el infantilismo actual, y se hacen con más aprovechamiento los estudios facultativos. Probablemente la dificultad para superar la prueba del Examen de Estado, aun dentro de la imperfecta forma en que se hace, no se daría en alumnos que tuvieran uno o dos años más. Del mismo modo, la orientación y colocación después de los estudios universitarios se encontraría facilitada. Hemos visto muchos casos en que el alumno comenzaba a darse perfecta cuenta de lo estudiado justamente cuando terminaba su carrera.

Creo que lo dicho alega razones bastantes para que se tome en cuenta y se piense en modificar la edad que señala la legislación vigente para el comienzo de los estudios del grado medio, arrojando la impopularidad que pudiera tener, bien si se estructura una nueva ley, o bien modificando, en este punto, la actual, si ha de seguir vigente.

ASPECTO SOCIAL DE LA LECTURA

JOSE ANTONIO P.-RIOJA

Pretendemos recoger en este artículo algunas observaciones sobre la lectura en el aspecto social, es decir, en su relación con diversos tipos de individuos. Apenas si vamos a detenernos en el libro o en la lectura considerados en sí mismos. El libro, desde nuestro punto de vista, se nos aparece como un problema y como un reactivo. Este

enfoque previo nos lleva luego a considerar la lectura —influida por diversos factores— en su función social. Se nos plantea, asimismo, la cuestión de si se lee bien, fijando nuestra atención, lógicamente, en la necesidad social de un arte de leer y de una higiene mental de cuanto se lea.

Por último, concebimos la biblioteca de nuestros días como un magnífico laboratorio de experiencias psicológicas a la vez que un centro de atracción y orientación de lecturas.

• • •

JOSÉ ANTONIO PÉREZ-RIOJA, uno de los más valiosos bibliotecarios de las promociones recientes, dirige la Biblioteca Pública y el Centro Coordinador de Bibliotecas de Soria, forma parte de la Redacción de la revista "Celtiberia", y ha publicado trabajos sobre biblioeconomía y sobre temas históricos sorianos. Es autor también de una Gramática española y de una Historia del humor. El Servicio de Publicaciones del M. E. N. acaba de editar el libro de este autor "1.000 obras para los jóvenes".

En el mundo antiguo y en la Edad Media, el libro no podía sentirse como un problema. Su escasez lo impedía. Pensemos en los pacientes copistas de los monasterios medievales: la copia de un manuscrito suponía meses, incluso años de infatigable trabajo. Recordemos que una nutrida biblioteca del medievo no excedía de 200 ó 300 vo-

lúmenes, por lo general. El libro era un tesoro valioso, un objeto artístico; su acceso, privilegio de magnates y poderosos.

El descubrimiento de la imprenta abre, con la Edad Moderna, una nueva era en la significación social del libro, el cual se multiplica gracias al nuevo invento. El incunable que, al principio, imita al manuscrito, arrinconará pronto a éste. El libro empieza a ser —como ha dicho Bostwick en nuestros días— “un alma en infinidad de cuerpos”. Crece y se difunde por el ancho mundo. La antigüedad clásica renace merced al libro impreso; los filósofos y los poetas de cualquier época y de las más diversas lenguas atraviesan las fronteras del pensamiento, las cuales ha logrado abrir el genio de Gutenberg... Y así, a cada siglo, el libro se agiganta hasta invadir, en nuestro tiempo, todas las esferas de la vida. Hoy no sólo escriben los poetas, los filósofos, los historiadores, los científicos; hoy escribe todo el que tiene algo que decir sobre cualquier materia y, a veces, quien cree de buena fe que va a descubrir algún ignorado y abstruso Mediterráneo... Se escribe sobre la vida y milagros de hombres que fueron; sobre las obras que otros escribieron; acerca de lo que pretendió expresar un poeta, un músico o un pintor; respecto a cómo será el mundo futuro o a la manera cómo vivió la humanidad en un pasado remoto de miles de años. No habrá detalle, por nimio que parezca, sobre cualquier cosa, sobre la más recóndita especialidad, que no esté tratado en libros, folletos y revistas.

Así, en la hora actual, los libros han llegado a envejecer mucho más que las personas. Los antibióticos, la medicina o la cirugía ni rejuvenecen ni alargan la vida del papel impreso. Diez años para la vida media y normal de un hombre sano pueden significar un cambio físico y moral pequeño. En un libro de biología, de física, de química o de medicina, por ejemplo, o incluso de historia —si pasamos al campo menos mudable de las letras— esos diez años pueden suponer un envejecimiento considerable, a veces tal como para ser retirado de las manos de estudiosos y especialistas.

He aquí la “selva selvaggia” de que nos habla Ortega (1) y ese problema de la excesiva cantidad de libros, todavía más pavoroso por la abundancia torrencial con que se producen. Como dice nuestro filósofo, al referirse a la misión del bibliotecario, éste “se ha ocupado principalmente del libro como cosa, como objeto material. Desde hoy —añade— tendrá que atender al libro como función viviente; habrá de ejercer la policía sobre el libro y hacerse domador del libro enfurecido”. En efecto. Ante esa multiplicidad de libros, ante el problema de un mundo invadido por libros de todas clases, no sólo el pedagogo y el crítico, sino de manera especial el bibliotecario ha de ejercer una función social de la más exigente responsabilidad: la de conocerlos, la de seleccionarlos por los tamicos de la utilidad, de la honradez científica, de la moralidad, del buen gusto.

El hombre actual carece de tiempo para leerlo todo. De aquí la necesidad de una acertada información sobre lo mejor que pueda leer. El bibliotecario ha de conocer los secretos de ese mar proceloso de la bibliografía para dosificar al lector —como un médico del pensamiento, del espíritu y de la sensibilidad— esas medicinas —“remedios del alma” se les llamaba ya hace más de tres mil años en una remota biblioteca egipcia— que son los libros.

Hemos llegado a un momento —problemático instante producido por la inmensa producción bibliográfica— en que el libro es un tóxico que debe ser bien administrado al paciente —el lector— por el bibliotecario, el cual, de celoso guardián de códices o incunables, ha pasado a ser un médico de la inteligencia y de la sensibilidad.

* * *

Pero el libro no sólo se nos presenta hoy como un conflicto o un problema. Se nos aparece también como un reactivo sobre el lector. Con la obra del ruso Roubakine, *Introduction à la Psychologie Bibliologique* (París, 1922), ha nacido, hace treinta años, una ciencia nueva, la bibliopsicología (2), desgajada del tronco de la interpsicología, que estudia las relaciones psíquicas entre los hombres.

No importa que “cada libro tenga su fisonomía”, como pretende Chavigny. Para la bibliopsicología, el libro, en realidad, apenas si posee un contenido propio, ya que el lector lo es todo. El libro viene a ser como un elemento químico que, al penetrar en el tubo de ensayo de cada lector —su espíritu, su inteligencia, su sensibilidad— produce una reacción diferente.

Diversos factores sociales —medio ambiente, raza, momento histórico, sexo, edad, temperamento, profesión, etc.— contribuyen de modo especial a esta diversidad de reacciones. “La bibliopsicología —dice el Sr. Lasso de la Vega— procura fijar o explicar los efectos psicológicos de la lectura de una determinada forma literaria sobre un tipo individual o social: así, nos expone cuáles son las obras que han ejercido mayor influencia sobre la creación de los grandes caracteres y nos indica a su vez cuáles han sido sus autores preferidos y por qué lo fueron.”

Roubakine, en una visión muy perspicaz de ese grupo —no tan insignificante— de lectores que piensan por contraste, advierte en uno de sus trabajos cómo llegaron a comprender los comunistas rusos que la influencia —a veces inmensa— del libro no residía en éste, sino en las particulares condiciones anímicas y sociales del lector, esto es, en su temperamento y en su situación

(2) Véanse el libro *Cómo se hace una tesis doctoral* (Madrid, 1947, págs. 121 y ss.) y el artículo “La selección de libros”, en *Bibliografía Hispánica*, núms. 1 y 2, 1945, ambos de D. JAVIER LASSO DE LA VEGA, de quien recogemos aquí algunos datos.

Ténganse en cuenta, además del libro de Roubakine, los estudios sobre bibliopsicología de Potebnia, Sigwart, E. Hennequin, Kunner. G. de Tarde, etc., citados por el señor Lasso de la Vega.

(1) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Misión del bibliotecario*, O. C., Madrid, 1947, t. V, págs. 211-227.

moral y económica. Así, el libro más ajustado a la ortodoxia soviética, lejos de conquistar nuevos adeptos o de afianzar la causa comunista, llegaba a producir los efectos más antigubernamentales.

La historia nos señala cómo en la vida de muchos hombres célebres —santos, guerreros, artistas, inventores, poetas— influyó sobremanera la lectura de ciertos libros en un momento determinado de su existencia: desde Alejandro Magno hasta Santa Teresa, desde Napoleón a cualquier sabio o artistas de nuestros días.

La bibliopsicología, en efecto, nos descubre insospechados aspectos dentro del proceso que se extiende desde que el autor concibe y escribe una obra hasta que la conoce una multitud anónima de lectores.

Al bibliotecario le cabe, en este sentido, una labor orientadora tan difícil que rebasa, incluso, la del crítico. Este sólo ha de preocuparse por analizar los diversos valores de la obra; el bibliotecario, además de conocer lo expuesto por la crítica más autorizada y objetiva, ha de pensar en los diversos tipos de lector que pueden llegar hasta esa obra, y ha de observar con fina sagacidad las distintas reacciones psicológicas de esos posibles lectores, para recomendarla en unos casos y hasta para procurar, en otros, que se lea en su momento oportuno o que no se lea.

* * *

Luego de este enfoque previo —el libro problema y el libro reactivo—, entremos en lo que constituye la medula de estas páginas: la lectura como función social. O más bien, si se prefiere, como obligación. Ya dijo aquella reina tan cultivada, amiga de filósofos como Descartes —puede suponerse nuestra alusión a Cristina de Suecia— que “la lectura es uno de los deberes del hombre”. La frase es tan hermosa, tan exacta, tan fina que merece subrayarse, porque aquella mujer del siglo XVII —época de bibliotecas-museo y de lectura para minorías— veía en la lectura un inmenso contenido social. ¡Lástima que esa frase no encontrase algún exégeta contemporáneo que la hubiera glosado debidamente, pues acaso se hubiera vislumbrado entonces el moderno concepto de la lectura y de la biblioteca y hubiéramos tenido un avance de casi tres siglos en lo que hoy se entiende por política bibliotecaria!

Si la lectura es un quehacer, pensemos que, en general, se trata de un gustoso y espontáneo quehacer. No es físico, sino intelectual o cordial. En este quehacer entran como elementos en juego la inteligencia, el espíritu, el corazón. He aquí, pues, la enorme responsabilidad del bibliotecario en su labor orientadora dentro de la función social de la lectura. Porque el quehacer que ésta supone es, como dijo la reina sueca, uno de los deberes del hombre. Cada deber implica una norma ética. La lectura, en su función social, supone valores morales, cívicos, religiosos, etc., merecedores de la mayor atención y de un perfecto encauzamiento.

El bibliotecario debe superar, a fuerza de vocación y cualidades psíquicas —por igual e incluso por encima de sus cualidades técnicas— la

multitud de dificultades que, a este respecto, le ofrece la diversidad de sus lectores. En un mismo día encontrará en su biblioteca niños, jóvenes y adultos; hombres y mujeres; personas cultivadas junto a otras de la mayor rusticidad; lectores habituales y otros de paso o que van a serlo por primera vez; estudiantes y empleados; obreros y hombres de carrera; técnicos y profesionales; agricultores y comerciantes; incluso gentes sin oficio determinado a quienes, acaso, pudiera asignarse humorísticamente la profesión de “lector”. Y mientras unos pocos —minoría casi insignificante— saben adónde van y lo que desean, y conocen el manejo de los ficheros—, otros —una mayoría considerable— entran, ya tímidos, ya audaces, pero sin rumbo definido: en tanto que aquéllos casi se ocultan del bibliotecario, como sin querer molestarle, pero sin acertar a encontrar un libro entre millares de volúmenes, éstos se acercan y preguntan las cosas más diversas y pintorescas.

Hay lectores de un autor que no cejan en sus búsquedas hasta agotarlo y, una vez leído enteramente, se preocupan, nerviosos, de su producción futura —si es que vive— o se lamentan de que no hubiera escrito más, si ya no pertenece a este mundo. Otros desean siempre libros de una época determinada; si han sido escritos o impresos en otra diferente, ya no les interesan, aunque, a veces, sean de sus temas o autores preferidos. Algunos hay que se sirven de la crítica, pero al revés, es decir, que rehuyen los libros glosados por los críticos más en boga, como pista segura para hallar lo más en armonía con sus gustos. Muchos son los incapaces de retener autores; en todo caso, recuerdan títulos. Y en este grupo considerable forman una avanzadilla numerosa esas adolescentes recién salidas del colegio, esas estudiantes, obreras o modistillas para quienes el mundo —su mundo— es el de la pantalla. Así, en un confucionismo, a veces gracioso y anecdótico, piden libros sobre María Antonieta o Norma Shearer, sobre santas o aventureras famosas, y no digamos esos títulos como *Vinieron las lluvias*, *Las cuatro plumas* o *Lo que el viento se llevó*, cuya sola enumeración es bien reveladora de que el cine —la literatura de las masas en nuestro siglo— supone, en las bibliotecas, un elemento de irrupción de ciertos lectores que, sin la existencia del séptimo arte, es posible que no las pisaran nunca.

También existe el que prefiere leer esas u otras novelas en el cine y no en los libros, porque las descripciones, la pintura de ambientes o personajes se les hace una prosa difícil e indigesta, mucho más asimilable para sus inteligencias en la fotografía de una pradera, en un primer plano amoroso o en el fundido que retrotrae a un instante del pasado. Sin embargo, va abundando cada vez más ese otro lector —antes aludido— al que pudiéramos considerar arrastrado por el flujo y reflujos de esa fantasmagoría de *estrellas*, de cámaras y de ciudades de cartón que constituye el mundo asombroso y rutilante del celuloide.

Así, en un movimiento de ósmosis y endósmosis, el cine quita unos lectores a la biblioteca y, en cambio, le proporciona otros.

También contamos en esta hora con un grupo curioso: adolescentes, empleados, personas desocupadas, pero atentas a la resolución de crucigramas, o atraídas por el espejuelo de un automóvil, una máquina de coser o un aparato de radio ofrecidos en esa baraúnda de concursos de propaganda convocados por algunas empresas comerciales. Estos esporádicos lectores ofrecen la particularidad de no solicitar autores ni títulos. Piden los datos más variados y complejos: desde la jauría de Acteón hasta el símbolo químico del manganeso, pasando por las obras completas de Dickens o por el año en que tuvo lugar la batalla de Maratón. Y el bibliotecario, en tales casos, ha de ser él mismo un libro viviente para resolver en el momento preguntas tan concretas, o ha de llevar al lector a la enciclopedia o el manual de mitología, de química, de literatura o de historia. Son éstos, por lo común, *lectores-relámpago*. Una vez resuelto el crucigrama, luego de evacuadas las preguntas del concurso, agotada su pasajera curiosidad, salen de la biblioteca y no vuelven a ella hasta que no les interesa otro concurso o crucigrama.

Como contraste existe una minoría de lectores asiduos —funcionarios o comerciantes jubilados, a veces también jóvenes extraños— que, indefectiblemente, acuden a la biblioteca todos los días y aun a la misma hora. Y, hecho curioso, suelen ser lectores unilaterales: aquél, que solicita siempre libros de historia y periódicos de carácter local; éste, que lee de continuo las mismas revistas; uno, que va agotando, día tras día, los “Diálogos” de Platón; otro, que busca, incansable, obras, folletos o revistas de filatelia...

Existe, por el contrario, el que pudiéramos llamar *lector de temporada*: ya el funcionario fugaz, de paso, ya el hombre impulsivo y voluble quien, luego de concurrir a la biblioteca con una impetuosa capacidad de leer o de hojear todos sus volúmenes, la abandona de pronto.

También es curioso observar, frente a la personalidad o la extravagancia de ciertos lectores, una nota amorfa muy abundante. Son muchas las personas —mujeres, a menudo— que se acercan al bibliotecario para solicitarle una novela bonita, un libro agradable, una obra que no haga pensar... La respuesta ha de envolverse en una amable sonrisa.

En cierta ocasión nos dijo una señora a la que procurábamos orientar: “Verá usted, yo querría una novela, una buena novela que ya hubiera leído y le hubiera gustado a su mujer...” La psicología femenina adquiere aquí insospechados matices de un gracioso humorismo. Esa señora no nos pedía una *novela rosa*, precisamente; deseaba algo mejor. Quería una buena novela, pero que antes hubiera sido saboreada no por la nuestra, sino por otra sensibilidad femenina, que podía ser —a su amable y benévolo juicio— la de la esposa del bibliotecario...

Pensemos que en ese carácter amorfo de buena parte del público y en ese sentido receptivo de la mujer encuentra un bibliotecario con vocación el terreno mejor abonado para sus experiencias psicológicas de los diversos tipos de lector. Pero habrá de conducir a esas personas hacia *su libro*,

hacia la obra de cada instante, de una manera hábil, subrepticia, amable y cordial, sin que les parezca que se les recomienda, sino dándoles la sensación de que la eligen por sí mismos. Lentamente habrán ido despojándose de su timidez, y acaso llegue un momento en el que sean capaces de seleccionar por sí solos, una vez hallados sus autores, sus géneros, sus temas favoritos.

Los temas y los géneros solicitados nos hablan también de la psicología del lector. Cuando, por ejemplo, una persona pide reiteradamente novelas —y, dentro de ellas, las de cierto tipo—, el bibliotecario puede ver, a veces, en el lector, un afán de evasión, un anhelo de alejarse de la realidad que le rodea. Se requiere, en tales casos, una orientación generosa, humana y cordial.

Cuando son libros didácticos los que se solicitan, “el bibliotecario —como ha escrito Wells—, obligado a satisfacer las necesidades prácticas de sus lectores, muchos de los cuales no han sido dedicados dentro de una disciplina científica, debe tener en cuenta que el valor práctico de un libro es el resultado de factores humanos demasiado complejos para ser determinados a la luz de sus méritos intrínsecos”.

* * *

Indudablemente, hoy se lee más, cada día se va extendiendo la lectura a sectores más heterogéneos y numerosos del público. Pero es necesario preguntarse si se lee bien, si se lee mejor. Marden (3), afirma: “para muchas gentes es la lectura un medio de disipación mental, pues no leen con propósito de instruirse y perfeccionarse, sino tan sólo por pasatiempo y recreo”.

“Se suele buscar el libro fácil”, observa Benjamín Jarnés (4). “Huyamos —añade— de esos libros *escritos* —es la frase— *para el público*. No debe escribirse para satisfacer el gusto del público, sino para crear en él un nuevo gusto o, al menos, encauzarlo, depurarlo, robustecerlo. Buscar siempre el libro que nos supere, por el cual nosotros mismos podamos superarnos. Buscar el libro difícil.”

No vamos a deducir de la capacidad lectora del público, de la rapidez o la lentitud de las sesiones de lectura —largas o breves— de un individuo, de los géneros o temas preferidos, que se lea mejor o peor. Cada uno posee unos gustos, una manera diferente de leer.

Pero las condiciones exigibles por una buena lectura siempre tropiezan con obstáculos: lo que aquélla supone de quietud, de reposo espiritual, choca con los temperamentos dinámicos e imaginativos; lo que implica de soledad no suele agradar a ciertas personas de carácter muy sociable y animado; lo que requiere de atención, repugna, a veces, incluso al mejor lector, en algunos momentos de exaltación, inquietud, depresión o intranquilidad.

“Las lecturas se suceden según el capricho de

(3) Orison Swett MARDEN: *La alegría del vivir*. Barcelona (s. a.), pág. 190.

(4) *Feria del Libro*. Madrid, 1935.

una curiosidad desorientada... Aun gentes que forman parte de los grupos más escogidos viven al azar de las lecturas ocasionales sugeridas por la disposición de un escaparate, por las conversaciones o por artículos de revistas o periódicos... Una lectura empuja a otra lectura, pero no se relee nada... Los vaivenes de las modas literarias aniquilan toda posibilidad de perfeccionamiento y la ausencia de un interés humano tiene por resultado la sensación de vacío. La lectura continua, o tiene un interés puramente práctico como alimento de noticias para la producción propia, o es simplemente un modo de pasar el tiempo" (5).

Este azar que rige todas las cosas humanas, pero que tanto influye en los amigos que tenemos y en esos otros amigos callados y silenciosos que nos rodean —los libros— requiere un arte de leer y una higiene mental de cuanto se lea.

No es necesario glosar la necesidad y la trascendencia social que supone leer bien. "Todo hombre que sepa leer bien tiene en sus manos su engrandecimiento, la multiplicación de modos de existencia y la manera de hacer su vida significativa e interesantemente completa", observa Aldous Huxley. "El que sabe leer sabe ya la más difícil de las artes", señala Duclos. Por su parte, Edmond Texier, exclama: "¡Saber leer, qué ciencia!".

Pero es que hay diversas necesidades de lectura, que implican modos diferentes de leer. Mientras Gibbon afirma que "no debemos leer sino para ejercitarnos en pensar", el novelista Gustavo Flaubert, más flexible y benévolo, aconseja: "No leáis como los niños leen, para divertirlos, ni como los ambiciosos, para instruirlos. No. Leed para vivir..." He aquí cómo la lectura puede ser un juego, un motivo de instrucción, un ejercicio del pensamiento o, sencillamente, un elemento vital...

Señala "Azorín" en un bellísimo artículo (6): "Leer y leer. Por encima de todas las diferencias, en cuanto a la lectura, diferencias de tiempo, lugar, edad, afectos, etc., existe una diferencia fundamental, perdurable e inmovible entre leer y leer: se lee para sentir o se lee para saber. Se lee compenetrándonos con la obra y el autor, o se lee para saber lo que dicen el autor y la obra. El libro es una continuación o complemento de la sensibilidad del lector, en un caso, y el libro es, en otro caso, un acervo de conocimientos para el lector. Leen los artistas o los sensibles y leen los eruditos o los intelectivos."

Tenemos, pues, una lectura subjetiva, placentera, y una lectura atenta, reflexiva.

"André Maurois" (7) distingue tres tipos de lectura:

1.º La *lectura-vicio* —de carácter pasivo—, propia para quienes encuentran en ella una especie de opio o de morfina; son los que leen a todas

y a cualquier hora, los devoradores de páginas, los soportadores de volúmenes que no interpretan ni asimilan lo leído. Padecen de una continua indigestión libresco.

2.º La *lectura-placer*, más activa y más sana, es la de aquellos que en las novelas o en otros libros buscan impresiones sensibles o estéticas. Representa el aspecto más amable y, a la vez, el más generalizado, de la lectura; y

3.º La *lectura-trabajo*, que busca conocimientos definitivos o los materiales necesarios para un estudio o investigación.

Señala "André Maurois" que la lectura, como todo trabajo, tiene sus reglas, las cuales pueden resumirse así: la primera es que vale más conocer perfectamente algunos escritores y algunos temas que conocer superficialmente un gran número de autores; la segunda es hacer en las lecturas un sitio considerable a los buenos libros de texto; la tercera, elegir bien; la cuarta, rodear nuestras lecturas, siempre que sea posible, de la atmósfera de recogimiento y respeto de que se rodean un hermoso concierto o una noble ceremonia, y la quinta es la de hacerse digno de los grandes libros.

Y concluye: "El arte de leer es, en una gran parte, el arte de volver a encontrar la vida en los libros y de, gracias a ellos, comprenderla mejor."

Creemos nosotros que, ya se trate de una *lectura-placer* o de una *lectura-trabajo*, lo que ha de procurarse siempre es leer de una manera inteligente, si al principio con orientaciones, dejando luego en plena libertad al lector, una vez que logre seleccionar y jerarquizarse a sí mismo aquellos libros afines a su espíritu, hasta extraer de ellos todos sus valores morales, culturales, ideológicos, sociales, estéticos, etc.

"El que lee —dice un gran pedagogo italiano (8)— debe recogerse e interrogarse a sí mismo para entender plenamente lo que el libro va presentando, y ponerlo en relación con su propio mundo espiritual... Leer con toda el alma es una condición esencial para comprender... Con frase tomada de Vico —añade— podríamos decir que nos *convertimos* en lo que leemos."

Pride señala algunas reglas para la lectura: conocer antes la personalidad del autor; leer con detenimiento el prólogo; enterarse del índice; concentrar la atención, procurando desentrañar aquellas ideas que no se entiendan; anotar los párrafos o conceptos más salientes; escribir un sumario de lo más importante que contiene el libro, y, por último, aplicar el resultado de la lectura a mejorar nuestra propia conducta.

¡Cuántas veces se ha culpado a los libros de ciertos estragos en quienes los han leído! Aunque el mal libro e incluso el que no lo sea, leído a destiempo, cause daños, a veces irremediables, en la formación de muchas personas, hay que reconocer de otra parte —y en esto podemos adoptar el criterio de la bibliopsicología— que, con frecuencia, es el propio lector quien deforma lo leído y, al no asimilarlo, se daña a sí mismo de manera lamentable. Muchos estragos revolucionarios

(5) Angel SÁNCHEZ RIVERO: "Sobre el sentido del trabajo intelectual", en *Revista de Occidente*, núm. CXX, junio 1933, págs. 326-340.

(6) José MARTÍNEZ RUIZ ("Azorín"): "Leer y leer", en *Escorial*, núm. 7, mayo 1941, págs. 239-250.

(7) Emile HERTZOG ("André Maurois"): *Un arte de vivir*, 4.ª ed., Buenos Aires, 1940.

(8) G. LOMBARDO-RADICE: *Lecciones de Didáctica*. Barcelona, 1933.

rios no lo son tanto en sí mismos como por el efecto de no haberse asimilado toda la literatura que los anuncia y los propaga entre las masas.

Decíamos antes que el libro es un tóxico que necesita ser administrado con solvencia, con honradez, con responsabilidad. ¡Que no se lea irresponsable e inconscientemente! ¡Que pueda asimilarse bien esa comida de las almas que, al decir de San Bernardo, son los libros!

“Nunca deben leerse libros —observa nuestro Balmes (9)— que extravíen el entendimiento o corrompan el corazón... La lectura es como el alimento; el provecho no está en proporción de lo que se come, sino de lo que se digiere.”

Y Marden (10) —siempre optimista— señala: “Leed libros alentadores que levanten vuestro ser a definidos propósitos; que os determinen a ser cada vez mejores, a representar algo y hacer alguna cosa de mérito en el mundo...”

Si la vida física reclama una higiene adecuada a través de la gimnasia y el deporte, la vida intelectual, la lectura en todos sus aspectos, exige hoy una depurada y responsable higiene mental.

Es necesario un equilibrio armonioso entre la producción libraria y la selección de lecturas. La higiene mental requiere una censura previa por cuyo tamiz deben pasar —antes de publicarse— ciertas obras enfermizas o perjudiciales, todo cuanto sea inmoral, inútil o chabacano. Luego, una bien matizada selección para las bibliotecas públicas. Por último, la orientación que, en cada caso, necesite el lector. Porque, como dijo ya en el pasado siglo el escritor inglés Bulwer-Lytton, también hay una terapéutica por medio del libro, la “biblioterapia”. Si hemos de aceptar hoy con reservas tal afirmación, es indudable que la llamada literatura *energética* —tan adecuada por su carácter tónico y optimista en las bibliotecas de sanatorios y hospitales— es, en algún caso, un eficaz auxiliar de la medicina.

* * *

Detengámonos, por último, en la biblioteca. Así como la evolución del libro nos presenta hoy a éste como un problema, así también ha cambiado radicalmente el concepto de la biblioteca. De museo o depósito de libros, apenas accesibles a unos pocos estudiosos, ha pasado a ser hoy un núcleo activo, un laboratorio de experiencias psicológicas y un poderoso centro de atracción y orientación de lecturas.

Actualmente, la biblioteca pública no se conforma con recibir nuevos libros y con clasificarlos y catalogarlos. No es sólo un centro receptivo; se sale de sí misma para prestar esos libros, para buscar y atraer al lector, el cual, una vez dentro de ella, no se encuentra sólo entre volúmenes, sino asistido, aleccionado por la cordialidad orientadora del bibliotecario, a quien incumbe una delicada e importantísima misión social y educativa. Hoy, el bibliotecario se debe a las realida-

des vitales de la sociedad. Dijérase que entre ésta y la biblioteca ha surgido una honda relación en nuestros días, la cual, hace no muchos años, no hubiera podido vislumbrarse. Sin embargo, como señala Bostwick, “la biblioteca ha sido siempre una institución educativa... Los libros educan a los lectores, sea que ellos los busquen o no... Cuando la biblioteca pública puso el libro al alcance de todos, su influencia educativa se dejó sentir en seguida”...

“Educación es compenetración de almas” —dice Lombardo-Radice (11)—, y nuestro Ortega y Gasset (12) afirma que “la educación no es obra de espontaneidad, sino de lo contrario, de reflexión y de tutela”. Pues bien, subrayamos nosotros: ¿no cabe en ese magnífico laboratorio, en esa aula diversa y renovada que es la biblioteca una compenetración de almas entre los libros y los lectores a través del bibliotecario, motor y alma a su vez de la biblioteca?; ¿no supone la misión social que al bibliotecario de nuestros días le ha sido impuesta esa labor orientadora de reflexión y de tutela sobre la lectura, parcela importantísima en la educación?

Paul Valéry se ha lamentado de que la humanidad actual, excesivamente simplista, elimina de la vida interior cuanto signifique esfuerzo y reflexión. Y el poeta francés se duele también de la uniformidad y la banalidad dominantes de nuestro tiempo. ¿No puede contribuir —nos preguntamos nosotros— la biblioteca de hoy y la del futuro a ir desterrando esa frivolidad del ambiente, a elevar poco a poco al lector hacia un tipo de lecturas de mayor jerarquía, hacia la reflexión, hasta encontrar su mundo interior? De la lectura de simples revistas taurinas o deportivas, desde la novela estrictamente recreativa, el lector —debidamente orientado por el bibliotecario— puede pasar, de manera gradual, a otras obras que eleven su mundo ético, que transformen su concepto de la vida, que rectifiquen sus erróneos puntos de vista. Esta labor —acrecentada con las guías de lectura, exposiciones, proyecciones, conferencias, etc.— tiene inmensas posibilidades si se trata de los jóvenes y, sobre todo, de los niños: las “horas del cuento” que, nosotros, en nuestra experiencia profesional, hemos preferido llamar —con mayor amplitud de temas— “horas infantiles”, no suponen tan sólo un medio extraordinario de atracción de pequeños lectores, sino algo así como la depuración de sus gustos, la formación de un incipiente criterio selectivo y, en fin, la modelación de su espíritu. El bibliotecario puede trabajar con los niños como el escultor con el barro más fino. Así, podrán modelarse desde hoy los mejores lectores de mañana.

Es necesario formar intelectual, técnica, profesionalmente a los jóvenes, a los niños. Pero hace falta, hoy más que nunca, una cultura desinteresada, no profesional, lo que Lombardo-Radice (13) ha llamado “una cultura humana”. Y en la biblioteca actual, que debe ser por encima de todo

(9) Jaime BALMES: *Filosofía elemental. Lógica*, libro III.

(10) Orison Swett MARDEN: *Op. cit.*, pág. 191.

(11) *Op. cit.*

(12) *O. C.*, I, pág. 84.

(13) *Op. cit.*

un hogar acogedor y amable, es donde mejor puede forjarse en el alma de los niños y de los jóvenes, muy especialmente, ese sentido humano de la cultura, ese carácter amplio y universal que otorgue a aquélla su máxima validez.

Hasta no hace mucho se había reclutado a los bibliotecarios entre eruditos e ilustres hombres de letras; todavía se nos exige hoy una sólida formación humanística. Aunque consideramos ésta

siempre fundamental, de ahora en adelante hará falta algo más: que el bibliotecario una a su preparación técnica y humanística, una auténtica vocación de educador, unas especiales condiciones psicológicas, una fe inagotable en los beneficios del libro y de la lectura bien encauzada, y un espíritu, en fin, de verdadero cruzado de esa "cultura humana", desinteresada, de que habíamos antes.

SOBRE LA REFORMA DE LA ENSEÑANZA MEDIA: EL CURSO PREUNIVERSITARIO

En los momentos en que el Consejo de Ministros acaba de acordar el envío del Proyecto de ley de Enseñanza Media a las Cortes parece interesante volver a recordar y paladear las conferencias en que el Ilmo. Sr. Director general de Enseñanza Media anunció y expuso en síntesis su propósito corriendo el mes de noviembre del pasado año. Cuando está a punto de nacer la ley tan esperada por tantos miles y miles de españoles a quienes afecta la cuestión como padres, como alumnos, como educadores, como apóstoles o como políticos, no deja de estar indicado hacer algunas consideraciones sobre aquellos pensamientos, que seguramente dentro de breve plazo veremos plasmados en un texto legal.

A decir verdad, todo lo que en aquellas conferencias se expuso, y el propio hecho de iniciar, de modo poco conocido hasta ahora, el diálogo con la opinión pública, merecen atenta consideración; mas como no podemos ocuparnos de todo, quisieramos fijar nuestra mirada en lo que nos pareció, desde el punto de vista pedagógico, el mejor remate de todo el proyecto. Nos referimos al que allí se anunció como "curso preuniversitario", interesante sobremanera, tanto por su intrínseco valor como por la innovación que representa con relación a los planes de estudio del Bachillerato que hemos conocido.

Pero tomemos un poco más atrás el hilo de las ideas.

No se oculta a cuantos se preocupan por los problemas pedagógicos la indiscutible discordancia entre los programas formulados a lo largo de los años y la realidad en que se traducen luego las normas del legislador. La preocupación fundamental de los políticos y educadores españoles es y ha sido dar vida a un Bachillerato auténticamente humanista, o, si se quiere mejor, a un Bachillerato cuya principal finalidad fuera la perfecta e íntegra formación de la personalidad humana; como decía el señor Sánchez de Muñiain, "el cultivo de los valores morales, intelectuales y psicosomáticos". El Bachillerato que, sin

embargo, hemos conocido no se puede decir, que haya cumplido su finalidad de perfecta educación del individuo.

Allá a principios de siglo ya precisaba Dupanlo (De *Véducation*) que educar es "cultivar, ejercitar, desarrollar, fortalecer y pulimentar todas las facultades físicas, intelectuales, morales y religiosas, que constituyan en el niño la naturaleza y dignidad humana"; y en otro sentido insiste Foerster (*Jugendlehre*) en que lo que constituye la verdadera formación "no es el hecho de saber algo, sino el darse cuenta de por qué se sabe y qué relación existe entre lo que se sabe y lo que hay de más excelso e importante".

Por supuesto que al Bachillerato sólo corresponde una parte de la ejecución de ese programa; pero ¿no es evidente que ni en la parte que le atañe se puede estar orgulloso de su resultado?

¿Dónde encontrar el fallo de los sistemas? ¿En las materias que forman los programas? ¿Tal vez en el Profesorado? Creemos sinceramente que no. Las disciplinas que han constituido los últimos planes de estudio, y singularmente las establecidas por la ley de 30 de septiembre de 1938, eran de suyo realmente apropiadas para forjar la personalidad y la inteligencia de los muchachos. No es éste el momento de volver a suscitar las discusiones y las demostraciones del valor formativo de esas disciplinas.

En cuanto al Profesorado, ya se considere el de los Centros oficiales —especialmente el noble y abnegado Cuerpo de Catedráticos de Instituto—, ya se mire al digno Profesorado de la enseñanza no oficial, hay que concluir que no cede ni en interés ni en valor personal a las Corporaciones del Profesorado de otro país cualquiera. El número de académicos que en él podemos señalar, la resonancia internacional de la actividad científica de muchos de sus miembros, la estimación de que gozan en el concepto público, la consagración vocacional a sus tareas nos relevan de la necesidad de hacer una ardiente apología de unos y otros.